

# Descifrando cenizas. Persecución e indiferencia

CLARA M. GRANADOS\*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.

Martínez de Murguía, Beatriz. *Descifrando cenizas. Persecución e indiferencia*. Barcelona: Paidós, 2002. 125 páginas.

Beatriz Martínez de Murguía nació en 1962 en San Sebastián, País Vasco. Este escenario es el punto de partida, nada trivial por cierto, del cual podemos reconocer que la autora ha surcado en su obra las cuestiones relativas a las alteridades, la multiplicidad e identidad étnica, así como las particularidades del conflicto de estas condiciones. Encontramos distintos títulos que dan cuenta de ese recorrido: *La policía en México: ¿Orden social o criminalidad?* (1999), *Mediación y resolución de conflictos* (1999), *Descifrando cenizas. Persecución e indiferencia* (2001), *La vida a oscuras. El gueto de Varsovia* (2009) y *La historia del Hotel Polsky. Varsovia 1943* (2010). Estos últimos tres, considerados como una trilogía a propósito de la debacle sufrida por los judíos en la Segunda Guerra Mundial, tratan en particular de la lógica del exterminio y exclusión que se supo sostener con eficacia a partir de, entre otras, las distintas formas en que aquellos asistentes a tal evento sin referencias asumieron en cuanto a los hechos y la catástrofe misma.

CÓMO CITAR: Granados, Clara. "Descifrando cenizas. Persecución e indiferencia". *Desde el Jardín de Freud* 14 (2014): 274-275, doi: djf.v14n14.46131.

\* e-mail: gclaram@yahoo.com

© Ilustración: Antonio Samudio

Hay en esta trilogía un recurso al testimonio de quienes padecieron la persecución y quedaron cifrados en el padecimiento de no poder alcanzar la fantasía de ser salvaguardados por las garantías esperadas del pacto social de convivencia. Por su parte, *Descifrando cenizas. Persecución e indiferencia* es el inicio de un acercamiento al hecho de la persecución judía, pero no es un relato histórico. Es, al decir de Martínez, "una conjetura sobre quienes ni miraron, ni hablaron, ni sintieron, y si lo hicieron, hicieron poco". Con esta conjetura, el recorrido propuesto por la autora se traduce en sentencias que reconocen unas prácticas cotidianas en este proceso de execración de lo judío.

Descifrar las cenizas del tabaco o de cualquier otro rescoldo es quehacer de aquellos que se atribuyen la posibilidad de leer el destino. Así, cada época declara videntes y artificios para reconocer lo que hay en los rastros de lo humano. Beatriz Martínez se ubica en tal lugar y nos pone a transitar sobre su hipótesis que, si bien indaga en el pasado, quizás el lector pueda encontrar nuevos elementos para entender las particularidades de la indiferencia social contemporánea. Comparto, entonces, la travesía de lectura de este libro con una suerte de hilos temáticos que son una interpretación de la conjetura de Martínez a la persecución y a la indiferencia:

Los primeros cuatro capítulos se cifran en las siguientes frases: "Testigos y espectadores", "Soledad y aislamiento",

“Desconfianza” y “¿Víctimas o cómplices?”. En este conjunto de títulos la autora nos muestra cómo al sujeto perseguido le es inherente un correlato entre, por un lado, ser visto en silencio por alguien que oscila como testigo (culposo) y/o como espectador y, del otro, ser apartado por el ambiente generalizado de desconfianza.

Martínez nos hace llegar la pregunta por lo que pudo (puede) hacer quien rodeó (rodea) el vejamen y nos entrega una sentencia de un militante de la resistencia, Wladyslaw Bartoszewski, con la que se ilumina uno de los mojones desde los cuales se cimenta la indiferencia al horror, es decir, la imposibilidad de renunciar a la vida, el arraigo obstinado a una vida horrorizada que se ha osado llamar supervivencia. He aquí el que milita: “Sólo puedo decir que hizo todo lo que pudo quien lo pagó con el precio de la muerte”.

En el siguiente grupo de capítulos: “Algo habrá hecho”, “Hostilidad”, “Delación y colaboración” y “Oportunismo”, observamos una clave moral que Martínez intuye en la persecución y es la de la sospecha que justifica la barbarie y la indiferencia de la cual, a decir verdad, se nos muestra otro cariz menos pasivo pero, también, más pacificador. Es una indiferencia que permite que los testigos o espectadores encuentren una puerta abierta para un lucro subjetivo, difícil de enunciar sino en voz queda, y de cuya posible ambigüedad

habremos de reconocer en algunos de los casos referidos en el libro.

El tercer grupo de capítulos está conformado por: “cómplices involuntarios y espectadores compasivos”, “¿Miedo o indiferencia?”, “¿Qué responsabilidad?” y “No sabíamos nada”. Estos títulos parecen estar organizados alrededor de un interrogante por la responsabilidad del testigo o espectador de la terrorífica persecución. Las posiciones de complicidad, compasión, miedo, indiferencia o desconocimiento quedan expuestas al lector no solo como posibles formas de respuesta, sino como evidencia de lo insuficientes que estas resultan (resultaron) para quienes perviven (pervivimos) al horror que exuda del lazo social.

Todo el texto llama a preguntarnos por la culpa de estar vivos. Y, quizás, el mayor logro de este es el de que, a pesar de la conjetura, lo que hace es dejar a la vista del lector interrogantes y aristas sobre las cuales puede construir nuevos recorridos. El tono de relato sin mayores pretensiones, pero con enorme calidad para introducirnos en la escena de persecución e indiferencia, hace inevitable que los lectores nos quedemos con la pregunta por lo que hubiéramos hecho, por lo que hacemos o dejamos de hacer ante el horror que cada época nos entrega.

